

La intención y el género literario
de *Camino*

François Gondrand

En septiembre de 1939, en Valencia, fue publicado por primera vez bajo el título de *Camino* un libro de 336 páginas, con un formato de 17,5 x 25 cms., compuesto por 999 pensamientos espirituales. La cifra de 999, elegida, según el autor, en honor de la Santísima Trinidad, aparece en grandes caracteres sobre la cubierta.

Sin duda debido a que ésta no es negra, y a que el formato de la obra es más grande que el que es habitual en materia de libros de espiritualidad, la revista *Signo*, órgano de los jóvenes de Acción Católica, destaca en su número del 7 de enero de 1940 lo que llama «*el modernismo editorial*» de este libro, lamentando que el autor y el editor no hayan optado por una presentación más sobria («*más mesurada, más recogida*») que habría estimado más apropiada para el recogimiento y la oración. El mismo artículo, sin embargo, hace grandes elogios del contenido.

El autor es un joven sacerdote aragonés, beatificado por Juan Pablo II el 17 de mayo de 1992, pero que en su época era casi un desconocido, salvo en ciertos ambientes universitarios de Madrid, y en los hospitales y barrios populares donde ejerció su ministerio, hacia principios de los años treinta: Don Josemaría Escrivá. Pocos saben, pues, que a partir del 2 de octubre de 1928, este joven sacerdote se había dispuesto a formar en la doctrina y en la vida cristiana a algunos jóvenes, después a algunas muchachas, de forma que algunos de ellos pudieran estar preparados para responder a una vocación específica, totalmente inédita en la Iglesia de entonces. Este «trabajo apostólico», esta «obra de Dios», como él la llamaba entonces, pronto encontró un nombre, el Opus Dei. Se caracteriza por la preocupación de aspirar con todas sus fuerzas, y día tras día, a un fin: santificar las ocupaciones ordinarias, comenzando por el estudio y el trabajo; así lo expresará el Fundador un día bajo esta forma: «hacer de la prosa de la vida diaria endecasílabos, versos heroicos».

En el momento en que apareció *Camino*, algunos de esos jóvenes, estudiantes la mayoría, decidieron comprometer su vida con este ideal y confirmaron esta intención durante la guerra civil y a su término. Sin embargo, su compromiso se hace «sobre la palabra», porque no hay toda-

vía en la Iglesia Católica una estructura canónica apta para acoger este «carisma» singular. Habrá que esperar hasta 1941 para que se dé una aprobación diocesana al Opus Dei y hasta 1943 para que se transforme en aprobación pontificia. De hecho el estatuto definitivo –prelatura personal– no se concederá hasta el pontificado de Juan Pablo II, siete años después de la muerte del Fundador, ocurrida en 1975, y cuando el Opus Dei es ampliamente conocido y está implantado en los cinco continentes.

El libro, que aparece en 1939, se abre con un corto texto (sin titular) en forma de prólogo; catorce líneas, cortadas, que no se adaptan necesariamente a la puntuación, y no corresponden con simples comas:

«Lee despacio estos consejos.
Medita pausadamente estas consideraciones.
Son cosas que te digo al oído,
en confidencia de amigo, de hermano,
de padre.
Y estas confidencias las escucha Dios.
No te contaré nada nuevo.
Voy a remover en tus recuerdos,
para que se alce algún pensamiento
que te hiera:
y así mejore tu vida
y te metas por caminos de oración
y de Amor.
Y acabes por ser alma de criterio».

Siguen 46 capítulos, todos titulados con pocas palabras, sin artículo cuando se trata de virtudes (*Carácter, Caridad*) o de prácticas ascéticas (*Dirección, Formación...*), y con artículos definidos en otros casos: *El plano de tu santidad; Los medios; La Virgen; La Iglesia; La voluntad de Dios; La gloria de Dios; El apóstol; El apostolado.*

Cada capítulo contiene un número variable de «fragmentos» (desde 7 en el capítulo titulado *Escrúpulos*, hasta 55 en el primero, que tiene como título *Carácter*).

Estos fragmentos (que también se pueden llamar «puntos») están numerados de manera correlativa, a partir del primero. Un punto puede comprender una sola frase, a veces corta:

«¿Tú, soberbia...? –¿De qué?» (n. 600).

«No dejes tu trabajo para mañana» (n. 15).

A veces más compleja:

«Eso mismo que has dicho dilo en otro tono, sin ira, y ganará fuerza tu raciocinio y, sobre todo, no ofenderás a Dios» (n. 9).

A menudo, el punto contiene muchos párrafos, frecuentemente puntuados con puntos, puntos y comas o guiones. Las interrogaciones, las exclamaciones y los puntos suspensivos son igualmente abundantes.

Esta puntuación, así como la división del texto en capítulos y en puntos, numerados en negrita, llaman la atención, por una especie de sensación de relieve en la página.

Vemos que este libro quiere ser ante todo práctico; que se trate de una obra destinada a la consulta tanto como, o incluso más que, a la lectura seguida.

El índice alfabético temático y el índice de textos de las Sagradas Escrituras, introducidos más tarde al final del volumen, reforzarán ese carácter de manual, facilitando la consulta. Ésta puede ser guiada por la lectura seguida de un capítulo, o incluso por la búsqueda de un concepto o de un punto ya leído, con la ayuda de las palabras-clave del índice alfabético.

Estas palabras-clave, que corresponden a los principales temas abordados, se encuentran enunciados, bien en las cabeceras de cada capítulo, bien dentro de los puntos repartidos en los diferentes capítulos.

Así el lector puede elegir uno o varios temas de meditación, o incluso abrir el libro un poco al azar, como algunos hacen con la Biblia o con otro libro de cabecera. El autor de una reseña evocará, por otra parte, *La imitación de Cristo* a propósito de este libro.

La multiplicidad de posibilidades de acceso a la obra responde a su objeto, que es el de ser

una ayuda para la oración personal. Esta intención se confirmará por la presentación material, en formato de libro de bolsillo o en formato muy reducido, de numerosas ediciones, principalmente en español.

Sin duda, debido a esto, el prologuista, Monseñor Javier Lauzurica, administrador apostólico de Vitoria, escribió: «Las frases quedan entrecortadas para que tú las completes con tu conducta» («Introducción»).

EL GÉNERO

Camino parece, a primera vista, pertenecer a un género (o, si se quiere, a una tradición) bien determinada: el de la sentencia o máxima. Por otra parte, el autor de la introducción fue el primero en calificar de *máximas* los puntos de *Camino*. Otros comentaradores le siguieron en esta dirección.

La forma de la obra se presta a tal calificación, puesto que la materia de *Camino* está hecha de párrafos cortos, aislables unos de otros.

Como en los «moralistas» (Gracián, La Rochefoucauld, La Bruyère, Chamfort, Joubert, etc.), las «consideraciones espirituales» de Escrivá se presentan como fórmulas que responden a los criterios que hacen de ella, según los casos:

aforismos (o prescripciones que resumen los puntos de moral):

«La acción nada vale sin la oración: la oración se avalora con el sacrificio» (n. 81);

máximas (que expresan reglas de conducta):

«Acostúmbrate a decir que no» (n. 5);

preceptos (que expresan una enseñanza religiosa o moral, o una regla):

«No dejes tu lección espiritual. –La lectura ha hecho muchos santos» (n. 116);

apotelesmas (o palabras memorables que tienen valor de máxima):

«Te diré, plagiando a un autor extranjero, que tu vida de apóstol vale lo que tu vida de oración» (n. 108);

proverbios o glosas de proverbios (o consejos de sabiduría práctica y popular comunes a todo un grupo social):

«Aunque la carne se vista de seda... –Te diré, cuando te vea vacilar ante la tentación; que oculta su impureza con pretextos de arte, de ciencia..., ¡de caridad!

»Te diré, con palabras de un viejo refrán español: aunque la carne se vista de seda, carne se queda» (n. 134);

adagios (máximas populares con carácter práctico):

«¿Virtud sin orden? Rara virtud» (n. 79).

Sin embargo, *Camino* escapa, en gran medida, a la tipología de las sentencias. Son en efecto numerosos los puntos que se presentan, no como fórmulas bien acuñadas, sino como simples consejos, incluso como simples fragmentos de diálogos. El lector descubre en seguida que, en este discurso, la oralidad prima sobre el aspecto escrito, hasta el punto de marcar el conjunto del libro, incluso en los puntos que parecen pertenecer a la sentencia, y que no son de hecho más que invitaciones al diálogo, expresadas bajo una forma impersonal.

De hecho, el consejo, más que la máxima, bien parece ser el factor común de todos los fragmentos que componen la obra. *Camino* es un libro de consejos y de preceptos espirituales, expresados bajo formas breves. En esto responde bien a lo que anuncia el autor en su prólogo, escrito ya en un tono confidencial:

«Lee despacio estos consejos.
Medita pausadamente estas consideraciones.
Son cosas que te digo al oído,
en confidencia de amigo, de hermano,
de padre [...] («Prólogo»).

Estas frases figuraban ya en las palabras de introducción a *Consideraciones espirituales*, un libro del mismo autor, aparecido a multicopista en 1932, reimprimido en una versión ampliada en 1934, del que *Camino* no es más que la edición revisada y ampliamente aumentada (*Consideraciones espirituales* contenía solamente 438 puntos, agrupados en 26 capítulos, en su última versión).

El empleo de las palabras *confidencia*, *consejo*, *consideraciones* (alusión explícita al título de la primera versión del libro), reforzado por el recurso al tuteo –que será más o menos constante en lo sucesivo– informa sobre el tono del libro.

Camino escapa por tanto al género de la máxima *stricto sensu*, para situarse más bien en la línea más amplia de las obras de espiritualidad destinadas a las personas preocupadas por progresar en su vida interior, y más precisamente, en lo que respecta a la literatura española, en la tradición de los *avisos* y *sentencias espirituales*.

En las notas de la edición de la B.A.C. de 1972 de los *Dichos de luz y amor* de Juan de la Cruz, el Padre Lucinio Ruano, O.C.D., define estos escritos sanjuanistas como «ideas seminales, por cierto de poderosa fuerza germinal y sintética». El comentador escribe todavía a este respecto: «Los escribía para complementar la

dirección espiritual que impartía así a los religiosos» (p. 417).

El término de *dicho* se define como sigue por el *Diccionario de la Real Academia Española*: «Palabra o conjunto de palabras con que se expresa oralmente un concepto cabal». Tal definición, que podría por otra parte caracterizar la máxima en general, se aplica perfectamente a *Camino*, en la medida en que, después de san Juan de la Cruz, se encuentra a menudo connotada por un sentido espiritual.

Otros consejos de san Juan de la Cruz son titulados *cautelos* o *consejos* en sus *Obras Completas*. Teresa de Jesús escribió, a su vez, los *avisos* que se enmarcan en la misma intención y en el mismo género¹.

No obstante, la materia a la que recurría Josemaría Escrivá era parecida a la que utilizaba Juan de la Cruz: notas escritas. La presentación de los *Dichos de luz y amor* en la versión de la B.A.C. revela efectivamente a propósito del santo carmelita: «Toda su vida conservó la costumbre de dejar escritos en retazos de papel

1. Cfr. JUAN DE LA CRUZ, *Cautelos a un religioso*, BAC, p. 428; *Consejos a un religioso para alcanzar la perfección*, BAC, p. 432; *Cuatro avisos a un religioso*, BAC, p. 434; *Dichos de luz y de amor (Avisos)*, p. 417; TERESA DE JESÚS, *Avisos*, BAC, p. 663.

otras tantas frases y sentencias espirituales dirigidas oportunamente a determinados sujetos».

Se sabe que Pascal conservaba también trozos de papeles cubiertos con su escritura, que los sucesivos editores no han hecho más que ordenar para publicarlos, en orden diferente, bajo el título de *Pensées* (*Pensamientos*).

De todos modos, el objetivo de Pascal era más filosófico que espiritual. En *Camino* encontramos manifiestamente la preocupación de los místicos antes citados por transcribir ideas pertenecientes a una dirección espiritual, dispensada casi siempre de forma oral: la de la conversación. Es incluso toda la razón de ser de este libro, destinado a prolongar en sus lectores la dirección espiritual proporcionada por Josemaría Escrivá a las personas que le rodeaban, y a extender ésta a los lectores desconocidos, haciéndoles descubrir «la grandeza de la vida ordinaria»², la posibilidad de santificarse en la situación de cada uno, sin abandonar el mundo ni sus ocupaciones habituales, ya sean éstas de orden profesional, familiar u otras.

Camino se une así, de algún modo, a la inspiración de los Padres de la Iglesia que compu-

2. Cfr. J. ESCRIVÁ, *Amigos de Dios*, nn. 1-22 (homilía *La grandeza de la vida corriente*).

sieron colecciones de versos del Antiguo Testamento para que los lectores «rumiaran» sus palabras, como más tarde san Agustín había de aconsejar por su parte a sus oyentes que hicieran con sus propios sermones³. Los apotegmas de los Padres del desierto egipcio del siglo IV, o repertorios de discursos conservados por la Tradición, pueden ser igualmente considerados como un antecedente del género⁴.

Pero la forma «oral» y directa adoptada por Josemaría Escrivá en *Camino* sorprendió a sus primeros lectores (y las reseñas o comentarios recientes muestran que sigue siendo para muchos insólita), tan inusual era en las obras de espiritualidad. En este sentido, se opera una ruptura en este libro, en relación con la tradición de la literatura espiritual de valor preceptivo.

Podemos, por tanto, afirmar que *Camino* se inserta en dos tradiciones literarias, la de la máxima y la del consejo espiritual, o incluso que,

3. «Procavit nos multa dicere caritas vestra, et forte alia dicere possumus: sed melius est quae accipitis bene ruminetis, et salubriter digeratis» (SAN AGUSTÍN, *Sermo* 11, 14, en *Obras*, Madrid, BAC, 1965, t. X, p. 58).

4. Cfr. JEAN-CLAUDE GUY, *Paroles des anciens: apophtegmes des Pères du désert*, Le Seuil, «Points», Sagesses, 1976; LUCIEN REGNAULT, *Les sentences des Pères du désert: collection alphabétique*, Solesmes, 1981; THOMAS MERTON, *La sagesse du désert: apophtegmes du IVe siècle*, en MICHEL ALBIN, «Spiritualités vivantes», 1987.

en este libro con intención ascética y práctica, fluye una enseñanza de naturaleza espiritual a través del modelo de la sentencia y del diálogo.

Esta observación se ve confirmada por el examen crítico de la intención del autor.

LA INTENCIÓN

En la *Advertencia preliminar* de las *Consideraciones espirituales* de febrero de 1934, el antecedente de *Camino*, el autor explicó el por qué de la división en capítulos, y enunció al mismo tiempo su intención al publicar esas líneas:

«No es fácil hacer una división de las notas que componen estos apuntes, escritos sin pretensiones literarias ni de publicidad, respondiendo a necesidades de jóvenes seculares universitarios dirigidos por el autor».

Señalaba también que, a pesar de la dificultad con la que había tropezado para encontrar un criterio que le permitiera ordenar esos puntos de meditación, se había aventurado a reagrupar esas notas por capítulos («para facilitar su lectura provechosa»), incluso siendo consciente de no haber conseguido homogeneizar perfectamente cada una de las partes: «aunque [...] en general en cada una de las partes, por la índole

misma de los puntos que se tocan, se trate de diversas materias».

Estas indicaciones, que relativizan en cierta medida la estructura adoptada para el libro, son sin embargo preciosas para la comprensión de su intención.

Desde su primera edición, *Camino* vuelve a tomar, ya lo hemos visto, completándolas, algunas líneas de la «Advertencia preliminar» de *Consideraciones espirituales*.

Sin embargo, este «prólogo» es importante, ya que precisa con claridad la intención del autor.

Se trata de *consejos*:

- »Lee despacio estos consejos.
- Medita pausadamente estas consideraciones.

hechos en tono de *confidencia*:

- »Son cosas que te digo al oído,
en confidencia de amigo, de hermano,
de padre.

y destinados a *ayudar al lector a rezar*:

- »Y estas confidencias las escucha Dios [...].

y a decidirse a *comportarse en todo momento como cristiano*:

- »Voy a remover en tus recuerdos,
para que se alce algún pensamiento

que te hiera:
y así mejore tu vida
y te metas por caminos de oración
y de Amor.
Y acabes por ser alma de criterio».

Josemaría Escrivá confirmará más tarde qué quiso hacer al publicar estas notas:

«Traté de preparar un plano inclinado muy largo, para que fueran subiendo poco a poco las almas, hasta alcanzar a comprender la llamada divina, llegando a ser almas contemplativas en medio de la calle»⁵.

Volverá a ello en varias entrevistas que concedió a la prensa en los años 1966-1968:

«Escribí en 1934 una buena parte de ese libro, resumiendo para todas las almas que trataba –del Opus Dei o no– mi experiencia sacerdotal. No sospeché que treinta años después alcanzaría una difusión tan amplia –millones de ejemplares– en tantos idiomas» (*Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer*, n. 36).

Lo que se puede saber sobre los destinatarios de la obra confirma esa intención espiritual, apostólica y ascética.

5. Cfr. Carta, 29-XII-1947/ 14-II-1966, n. 92, cit. por *El itinerario jurídico del Opus Dei*, Pamplona, EUNSA, 1989, p. 34.

LOS DESTINATARIOS

Camino tiene como finalidad conducir a las almas hacia la contemplación, en particular a aquellas que se encuentran en medio del mundo y que quieren santificarse sin abandonar sus ocupaciones ordinarias⁶.

Su propósito se limita a una iniciación a la dirección espiritual, o a un apoyo escrito para ésta.

Camino no es, como se ha podido decir, un «catecismo». En efecto, la idea de catecismo está unida a la de un *corpus* doctrinal que se quiere transmitir al alma de los lectores.

Los primeros catecismos fueron redactados en la Edad Media; después por los protestantes, en el siglo XVI. Los pioneros de la Reforma católica volvieron a tomar la idea, y se plasmó una gran exposición sistemática de la doctrina católica en el catecismo publicado al final del Concilio de Trento, el llamado Catecismo romano.

Camino no pertenece evidentemente a este género, que podría llamarse «apologética cristiana». Presupone que la doctrina católica que constituye la base es conocida. ¿Cómo rezar a Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo (nn. 57, 58,

6. Cfr. J. I. SARANYANA, *Estudios sobre «Camino»*, Madrid, Rialp, 1988, 2.^a ed., p. 65.

130, 273, 852), honrar a la Santísima Virgen (nn. 492-516, 144, 268, 269, 272, 276, 491, 558, 598, 653, 711, 721, 833, 884, 898, 900, 907, 982), ofrecer oraciones y sacrificios por el Papa (nn. 520, 573) y proponerse el servir a la Iglesia (nn. 517 y ss.), esforzarse por vivir la «comuni-
ción de los santos» (nn. 544 y ss.), la unión con Cristo en la Misa (nn. 528 y ss.), vivificar devo-
ciones como la de los ángeles custodios (nn. 562-570, 150, 976), la de la Eucaristía (nn. 269, 270, 321, 322, 531, 533, 535, 554, 569, 876), la de la humanidad de Cristo (n. 555), la de san José (nn. 559 y ss.), la de las almas benditas del Purgatorio (n. 571), pensar en las postrimerías –Juicio, Infierno, Purgatorio, Gloria– (nn. 734 y ss.), en la filiación divina (nn. 745-8, 930, 265, 274, 860, 864, 867, 870, 881, 887, 890, 892, 894, 919, 948), evitar el pecado (nn. 261, 262, 296, 309, 328-331, 357, 386, 402, 865), venerar el sacerdocio (nn. 66-75, 98, 526, 531, 532, 638), etc, si no se tiene una noción clara de lo que constituye para un católico esas realidades?

Numerosos puntos de *Camino* evocan los artículos de fe elementales. Sin embargo, no son lo suficientemente largos como para dar *definiciones* de ellos. No era ésta la intención del autor quien, por el contrario, incita al lector a encarnar todo eso en su vida cotidiana.

Por ello, dice en el prólogo:

«No te contaré nada nuevo.
Voy a remover en tus recuerdos [...]».

Ese nada nuevo debe ser tomado en serio.

Pero, ¿se puede sostener, como lo han hecho algunos observadores, que *Camino* es un catecismo del Opus Dei?

Sería inexacto si con ello se entendiera una exposición de una doctrina reservada a los miembros de esta institución. La enseñanza de la Iglesia constituye para un católico un todo cuyas partes son solidarias. No se podrían privilegiar ciertos elementos poniendo en sordina sin más otros. De todos modos, una característica memorable de Escrivá es su total adhesión a lo que enseña la Iglesia, de la cual habla en términos muy clásicos, como de una Madre, y cuyo magisterio no pondrá jamás en duda.

Aún así, el Opus Dei tiene una espiritualidad que le es propia, y que, como toda espiritualidad, insiste sobre determinados aspectos del mensaje evangélico. En este caso, se trata especialmente de una manera de vivir el Evangelio propia de personas comprometidas con el mundo (y no de «personas consagradas», como lo son los religiosos).

Es normal que encontremos esta espiritualidad del Opus Dei en *Camino*, puesto que el libro

es el reflejo de la predicación y de la dirección espiritual del Fundador.

El recurso a ciertos modos lingüísticos no se explica más que en este contexto. En especial el empleo del «tú» (desde la primera línea del prólogo), y también a veces del «nosotros».

Ese «nosotros», que no es mayestático, parece ir más allá de la simple suma del hablante y del oyente.

Presupone la existencia de un grupo de terceros que no está designado. Habida cuenta de las circunstancias de la redacción de *Camino*, no puede tratarse más que de los primeros miembros del Opus Dei, y de las personas que, sin estar comprometidas formalmente en este camino, vivían un grado más o menos profundo de su espíritu.

El capítulo titulado *El apostolado* contiene puntos que deben leerse sin ninguna duda desde este punto de vista:

[...] «No cabe duda: el porvenir es seguro, quizá a pesar de nosotros. Pero es menester que seamos una sola cosa con la Cabeza –“ut omnes unum sint!”–, por la oración y el sacrificio» (n. 968).

«Es verdad que he llamado a tu apostolado discreto, «silenciosa y operativa misión». Y no tengo nada que rectificar» (n. 970).

«[...] ese apostolado eficaz de discreción y de confidencia» (n. 971).

«Cuando pongas por obra tu «apostolado de discreción y confidencia», no me digas que no sabes qué decir [...]» (n. 972).

«[...] Me ayudan sus cartas y las noticias de mis hermanos, como un sueño feliz ante la realidad de lo que palpamos...» (n. 977).

Otros puntos hacen alusión a un «camino» bien preciso (nn. 965, 985, 990, 996) o a un apostolado determinado: «vuestro apostolado» (n. 960); «tu apostolado» (nn. 961, 970, 979).

Esos términos de «camino», de «apostolado de amistad y de confidencia» se aplican a las personas que se esfuerzan por vivir unidas a Cristo en medio del mundo y que, de manera natural, como corresponde a los laicos, no sienten la necesidad para ello de llamar la atención sobre su persona. Tales enseñanzas se aplican perfectamente a los que rodean al Fundador del Opus Dei, entre ellos, los primeros miembros del Opus Dei, en el momento en que redacta las notas que le servirán para componer *Camino*.

Pero destacamos que todos los puntos de *Camino* sin excepción, inclusive los que acaban de ser citados, pueden ser comprendidos por los lectores no susceptibles de adoptar tal espiritualidad, bien porque no se sienten llamados a una

determinada vocación, bien porque ya han respondido o porque son sacerdotes dispuestos a responder a otro tipo de llamada a la santidad: la de la vida religiosa, por ejemplo.

Así, el consejo «estudiar es, para nosotros, una obligación grave» se adapta perfectamente a un estudiante que se prepara para ejercer una actividad profesional, quiera o no santificarse en esa actividad según el espíritu del Opus Dei; y seguramente es para él para quien ha sido escrita esta frase. Pero el precepto es igualmente válido para un religioso –un monje benedictino, un padre jesuita, por ejemplo– para quienes el estudio representa una parte importante de su vocación. En tal caso, el *nosotros* tiene simplemente el valor genérico del que se reviste en la lengua corriente.

Por esta razón, no se puede decir, con todo rigor, que el autor de *Camino* se dirija exclusivamente a los miembros del Opus Dei. Busca, más allá de éstos, a todos los que, comprometidos en las actividades del mundo, quieren santificarse y ayudar a sus compañeros de trabajo, a sus amigos y a su familia a santificarse. Y, más allá de éstos aún, el Fundador apunta evidentemente a grupos más amplios. Más tarde observará que personas que no se consideraban católicas, ni siquiera cristianas, afirmaron haber leído *Camino* con provecho.

Es así como Monseñor Escrivá responde, el 16 de mayo de 1966, a Jacques Guillemé-Brunon, enviado del diario *Fígaro*, que le pregunta sobre el sentido del punto 484 de su «código espiritual», *Camino*:

«¿*Camino*, un código? No [...] No es un libro para los socios del Opus Dei solamente; es para todos, aun para los no cristianos. Entre las personas que por propia iniciativa lo han traducido, hay ortodoxos, protestantes y no cristianos. *Camino* se debe leer con un mínimo de espíritu sobrenatural, de vida interior y de afán apostólico. No es un código del hombre de acción. Pretende ser un libro que lleva a tratar y a amar a Dios y a servir a todos. A ser instrumento [...] como el Apóstol Pablo quería serlo de Cristo. Instrumento libre y responsable: los que quieren ver en sus páginas una finalidad temporal, se engañan» (*Conversaciones...*, n. 36).

De hecho, el éxito editorial de *Camino* no puede explicarse de otra manera: su tirada de 3.900.000 ejemplares, en 39 lenguas, hasta el día de hoy, no es en absoluto totalmente imputable a los miembros del Opus Dei, aunque es lógico pensar que éstos han contribuido mucho a la difusión del libro.

Por último, es interesante destacar que tres Papas (Pío XII, Pablo VI y Juan Pablo II), numerosos sacerdotes, religiosos y religiosas han afir-

mado haberse servido de *Camino*, o de una de sus traducciones, para su meditación personal⁷.

LA ESTRUCTURA

La finalidad práctica de *Camino*, tal y como acaba de ser definida, está corroborada por su plan, estructurado en capítulos que señalan la

7. En su libro *Intervista sul fondatore dell'Opus Dei*, publicado en 1992 por Ares en Milán, Monseñor del Portillo destaca los términos de una carta que envió Monseñor Montini (el futuro Pablo VI) al profesor José Orlandis, el 2 de febrero de 1945, para agradecerle el haberle enviado un ejemplar de *Camino*: «Sus páginas son una sentida y vibrante llamada al generoso corazón de los jóvenes; desvelando sus ideales sublimes, los encaminan por el sendero de la reflexión y de la seriedad de criterio que los preparan a vivir plenamente la vida sobrenatural [...]. Ha dado ya copiosos frutos en el ambiente universitario español. Me alegro inmensamente por los resultados tan lisonjeros del libro y pido al Señor que continúe bendiciéndolo y difundiéndolo por el bien de muchas almas». El Papa Pablo VI confirmó a Monseñor del Portillo que había recurrido durante largo tiempo a *Camino* para su oración personal (testimonio de Monseñor del Portillo, Registro Histórico Fundador, 20168, p. 438). En cuanto a Pío XII, he aquí sus palabras, relatadas por una persona que él recibió en audiencia en 1947: «En aquel encuentro me encargó que pidiese por el fundador del Opus Dei. Desde entonces lo hago todos los días. Tengo en mi mesita el ejemplar de *Camino* que me regaló» (relato de Encarnación Ortega, citado por R. GÓMEZ PÉREZ, *El Opus Dei. Una explicación*, Madrid, Rialp, 1992, p. 206). Vid. igualmente A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El fundador del Opus Dei*, Madrid, Rialp, 1983, p. 245; PETER BERGLAR, *L'Opus Dei et son fondateur, Josemaría Escrivá*, París, Mame, 1992, p. 250).

marcha de un alma hacia Dios (de ahí el título de *Camino*).

Al principio de este «camino», el autor recomienda la adquisición de las virtudes humanas (*Carácter*), la dirección espiritual (*Dirección*), la oración (*Oración*), el esfuerzo por vivir la castidad y la templanza (*Santa Pureza, Corazón*), el espíritu de mortificación y de penitencia (*Mortificación, Penitencia*), el examen de conciencia (*Examen, Propósitos, Escrúpulos*), la presencia de Dios (*Presencia de Dios, Vida sobrenatural, Más de vida interior, Tibieza*) y la asiduidad en el trabajo (*Estudio*).

Iniciado así en el amor de Dios, se exhorta al interlocutor a poner los medios necesarios para avivar su vida interior y ponerse en manos de Dios (*Formación, El plano de tu santidad, Amor de Dios, Caridad, Los medios*), y en las de su Madre (*La Virgen*). Así toma mejor conciencia de su integración en la Iglesia (*La Iglesia*), en la cual descubre la Misa y la comunión eucarística (*Santa Misa*). Con la ayuda de la gracia se esfuerza por vivir la virtudes sobrenaturales en su vida ordinaria (*Comunión de los Santos, Devociones, Fe, Humildad, Obediencia, Pobreza, Discreción, Alegría, Otras Virtudes*) y capta todo el alcance de su destino eterno (*Tribulaciones, Lucha interior, Postrimerías, La Voluntad de Dios, La gloria de Dios*). Finalmente, y como

consecuencia de su unión filial con Dios a lo largo de toda la jornada y en las pequeñas cosas (*Cosas pequeñas, Táctica, Infancia espiritual, Vida de infancia*) puede sentir la llamada a ponerse a su servicio, para ejercer el apostolado cristiano (*Proselitismo, Llamamiento, El apóstol, El apostolado*). El último capítulo está dedicado a la perseverancia en el camino elegido (*Perseverancia*).

De este modo, aunque el autor haya advertido que la obra bien podría ser compuesta de otra manera, resulta que el orden de los capítulos sugiere una progresión dinámica (desde el ejercicio de las virtudes humanas hasta el del apostolado), al anunciar cada capítulo el siguiente, sirviéndonos aquél, de algún modo, de pórtico a éste. Señalaremos también que los objetivos más difíciles de la vida interior (el espíritu de infancia, la perseverancia) llegan naturalmente en último lugar.

¿POR QUÉ EL TÍTULO DE *CAMINO*?

La explicación del título acaba de ser ofrecida, en parte, con ocasión de la intención y de los destinatarios del libro. El «camino» es para la mayoría de los que son acompañados en su vida espiritual por el padre Escrivá –sus primeros

lectores– la vocación a la santidad en el mundo, y más precisamente la vocación al Opus Dei, que el Fundador propone a algunos de aquellos.

En este contexto es donde hay que entender la palabra *camino* en cierto número de puntos en que se emplea, dentro del libro editado con este título.

Pero *camino* debe también ser entendido en el sentido más amplio como toda llamada a la santidad, que resume, entre otras, la afirmación de Cristo en el Evangelio: «Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida» (Jn 14, 6). Algunas ediciones españolas (por ejemplo la número treinta, fechada el 18 de agosto de 1958) o en otros idiomas, llevan por otra parte, frente a la página del título, una reproducción de Cristo que lleva la Cruz.

El autor de los Hechos de los Apóstoles retoma la palabra «camino» cuando narra que Saulo, antes de su conversión, perseguía «a los que seguían el camino» (Hch 9, 2). La palabra hebrea que traduce «camino» significa la conducta religiosa o el modo de actuar delante de Dios⁸. En el contexto de los «Hechos», designa más precisamente el estilo de vida cristiano, y al mismo Evangelio, así como los que están en el

8. Sagrada Biblia, Hechos de los Apóstoles, EUNSA, Pamplona, 1990, 2.^a ed. revisada, tomo V, nota p. 156.

camino del Cielo, remitiendo a otra palabra de Cristo: «Es estrecha la puerta y angosto el camino que lleva a la Vida...» (Mt. 7, 14).

San Pablo en su epístola a los Hebreos (10, 20) habla de Cristo como de «un camino nuevo y vivo» (literalmente en griego: «el camino recientemente sacrificado y vivo») ⁹, remitiendo de ese modo al Evangelio de Juan (14, 6). Lo que quiere decir que para él el camino es una persona (viva): la de Cristo.

Es también lo que afirma san Agustín cuando comenta las palabras de Cristo, «Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida»: «El Verbo de Dios, que es la Verdad y la Vida cerca del Padre, se ha hecho Camino asumiendo la naturaleza humana. Camina contemplando su humanidad, y llegarás a Dios» ¹⁰.

En la predicación de Josemaría Escrivá, *camino* se toma a menudo en ese amplio sentido evangélico ¹¹.

9. «Habentes itaque, fratres, fiduciam in introitum Sanctorum in sanguine Iesu, quem initiavit nobis viam novam et viventem per velamen, id est carnem suam» (versión latina de la neo-vulgata).

10. SAN AGUSTÍN, *De verbis Domini Sermones*, 54.

11. Cfr. por ejemplo *Amigos de Dios*, n. 127: «Jesús es el camino. Él ha dejado sobre este mundo las huellas limpias de sus pasos, señales que ni el desgaste de los años ni la perfidia del enemigo han logrado borrar. «Iesu Christi heri et hodie; ipse et in saecula» (Heb 13, 8). ¡Cuánto me gusta recordarlo!».

La frecuencia del recurso a ese término metafórico en el conjunto de la obra titulada *Camino* se explica, pues, por el hecho de que él también se dirige a todos los cristianos, incluso a los más alejados de la espiritualidad secular del Opus Dei.

Hay por otra parte un famoso precedente en el empleo de la palabra *camino* en el título de un conocido libro de espiritualidad –y, más aún, en el patrimonio castellano–: es el *Camino de perfección* de Teresa de Jesús.

A su vez, también en este caso se trata de un libro destinado a favorecer la oración. Santa Teresa anuncia dos veces esta intención en su introducción: «[...] para escribir algunas cosas de oración, en que se parece, por haver tratado con muchas personas espirituales y santas, podré atinar [...]; pome algunas cosas de oración que conformarán con aquellas que allí digo». Y confirma esta intención en su conclusión: «[...] tornemos a acabar de concluir el camino que comencé a tratar [...]; que así encerrase en sí todo el camino espiritual desde el principio hasta engolfarlos Dios»¹².

Encontramos en esas *cosas de oración* un antecedente de los *caminos de oración* y de

12. SANTA TERESA DE JESÚS, *Camino de perfección*, manuscrito de Toledo, prólogo y cap. 73, Madrid, BAC, 1972, pp. 195, 331.

Amor en los que capta a sus lectores el autor de *Camino*, desde el prólogo.

En Teresa de Jesús, como en Escrivá, la vía de unión con Dios está precedida por unas etapas de purificación por la mortificación y la aceptación de las pruebas. En ella, estas consideraciones vienen seguidas por una meditación del «Padrenuestro», y la progresión de *Camino de perfección* es más lineal que la de *Camino*, donde, a pesar del orden de los capítulos, el corte en puntos aislados facilita una lectura discontinua, a gusto del lector, siendo descubierta (o redescubierta) por el mismo lector la coherencia de la obra.

Sobre todo, la diferencia estriba en que *Camino de perfección* está escrito para personas «consagradas», que se han apartado voluntariamente del mundo para entrar en el claustro, y en especial en el Carmelo, mientras que *Camino* está escrito principalmente para personas que están como sumergidas en el mundo donde encuentran el «camino» de su santificación. Es ésa, de hecho, una razón suplementaria para su autor, para la omisión de las dos últimas palabras del título de la obra de Teresa de Jesús (aparte de su comprensible preocupación por encontrar un título original): el «estado de perfección» es una expresión consagrada en el derecho canónico y en la literatura ascética: se

aplica a los religiosos, para los cuales la santidad tiene como punto de partida un «desprecio» (entendido en el sentido de «alejamiento») del mundo, o *contemptus mundi*.

En un estudio aparecido en la revista francesa «La Table Ronde» en diciembre de 1965, el teólogo Pedro Rodríguez añade a lo que acaba de decirse la siguiente observación: Cristo dijo, en la frase destacada por san Juan, que Él era el *camino*, pero también la *verdad* y la *vida*. Y en estas dos últimas palabras, hay una afirmación de la solidaridad del testimonio cristiano (*vida*) y de la doctrina (*verdad*). Pues bien, la unión entre esos dos polos es una característica destacada de la espiritualidad de *Camino*.